

Los Sueños de los otros

Capítulo 1.

Siempre pensé que la única cosa que nos pone a todos los humanos en un mismo plano es la capacidad de soñar. Pero no solo el hecho poético de tener anhelos, ilusiones que movilizan a las personas o lo que comúnmente se llama “soñar despierto”, sino también la función biológica o proceso mental involuntario que produce la re elaboración de experiencias vividas, sumergiéndonos en una especie de realidad virtual. Toda mi vida creí que era una persona común, simple, uno más del montón, con un trabajo sin muchas aspiraciones en la librería que heredé de mi viejo. No crean que soy un señorito Ingles, tengo mis cosas, se podría decir, dependiendo del color del cristal con el que me miren, que soy adepto al deporte de los reyes o un burrero empedernido. Lo cierto es que no dejo una reunión dominguera de Palermo sin pagar mi cuota para mantener el hipismo nacional. Para completar mi currículum, llevo dos divorcios, un hijo de cada matrimonio, y una relación bastante extraña con Natalia, mi última pareja a la que le llevo veintidós años y a quien amo casi como si fuera mi hija. Yo soy de esas personas que dicen «Tengo que darle gracias a Dios todos los días». Estoy bien, sin duda, bastante entero, la gente no me da cincuenta y uno, siempre me dan dos o tres años menos. Cuando empecé a salir con ella me daba cuenta que nos miraban raro. Natalia es psicóloga y trabaja para una obra social haciendo medicina del trabajo. Nati, es divina, tiene un nene, Agustín, lo adoptó durante el tiempo que duró su único matrimonio. Ahora tiene seis añitos y a mi me quiere muchísimo el chiquito. Yo siempre le llevaba alguno de los saldos que me quedaban, de esos que están llenos de colores y

dibujitos de animales. Esos eran los que más le gustaban. No te digo que me dé vergüenza pero... una vez fuimos los tres a ver "El Rey León" a un cine de Cabildo, me acuerdo que me hinchó mucho las pelotas cuando el que vendía unos juguetitos con los personajes de la peli a la salida me preguntó «¿Cuál le gusta más a su nietito?». Bueno... no le dije nada, aunque tuve unas irrefrenables ganas de cagarlo a trompadas. Pero como dice el refrán "el que quiere celeste que le cueste" y la verdad que no era muy normal tener una relación como la mía, hay que bancársela... pero por otra parte ella me daba vida y me colmaba de felicidad. Ustedes dirán como una persona que está al frente de una librería pude tener un vocabulario tan soez como el mío, pero como todo en la vida tiene una explicación, mi irritabilidad comienza cuando salía de la audiencia de divorcio de Noemí, mi segunda mujer. Esa mina me la hizo bien. Ese mismo año había fallecido mi padre, hombre de trabajo como pocos, como no tengo hermanos todos sus bienes me fueron legados casi en forma automática sin ningún tipo de sucesión complicada. Entre las cosas que había heredado se encontraba un departamentito bastante lindo en la esquina de Rodríguez Peña y Alvear, que si bien era de un ambiente y antiguo valía una fortuna solamente por la ubicación. También tenía otra casa que era de mis abuelos en Santos Lugares, la librería y un Renault Megane verde que tenía solo un par de años. El viejo estaba bien, rapidísimo se lo comió el cáncer. Todavía me acuerdo cuando me llamó para que lo acompañara al médico. El fumaba mucho, es verdad, pero era más fuerte que un roble. Registro profesional desde los veinte años, nunca un choque, nunca una boleta por mal estacionamiento, un ciudadano ejemplar. Ese día algo intuía, ¿será que los viejos se dan cuenta cuando se escucha la campanita del tren que lo llevará al otro lado?. Me extendió las llaves y me ordenó «Norberto, manejá vos». Eso me hizo pensar mal. Yo nunca había querido tener auto, si bien tenía registro, no sé... si era por miedo, por cómodo, o porque nunca había juntado una moneda propia para invertir en un vehículo. Siempre los

burros me pudieron primero. Pero esa vez me animé y le hice caso, entendía que no podía defraudarlo. Subimos al Megane. Él se sentó, se puso el cinturón de seguridad, y me pidió que yo también lo hiciera. Él no tenía miedo de ir al médico, lo notaba en el brillo de sus ojos, pero ese día parecía que quería mirarme, no tener que perder los cientos de minutos que le quedaban en prestar atención a los semáforos y a los imprudentes peatones. Ese día solo quería verme, pensarme, imaginarme, proyectarme. Sentí que solo quería verme conducir mi desordenada vida hacia un destino claro, tranquilo, sin tantas idas y vueltas. Yo creía que no le había traído muchos disgustos en su vida, pero para él después de cuarenta y cinco años de amor con mi vieja, la palabra “divorcio” era una patada en el hígado, por no decir en los huevos. El médico le hizo hacer un montón de estudios. Solo para confirmar lo que era inevitable. Después me enteré por una vecina que le había contado que hacía unos meses que escupía sangre. Y se fue tan rápido que casi no me había dado cuenta que lo tuve. Fue como un flash que se dispara sin que te den tiempo a esbozar una sonrisa. Por suerte pude decirle lo que sentía por él, un ratito antes de que se vaya. Noemí me acompañó bastante durante el velatorio, pero ahora que lo pienso era parte de su estratégico plan. Sí, sí... su plan maléfico. Yo bajé la guardia, me relajé, ella era una mina que conocí mientras estaba casado con Susana, mi primer amor. Trabajaba en la misma oficina del Ministerio de Educación, donde yo trataba de hacer mi carrera. Un día me pidió una carpeta, otro día un sello de goma, otro día una birome Bic, y a la semana me estaba pidiendo que le haga cualquier cosa mientras nos revolcábamos como adolescentes desenfundados en un telo de la General Paz. Era una mina rápida para tomar decisiones, las propias y las ajenas. Y así fue como me apuré para que tomara la decisión de dejar a Susana, que renunciara al Ministerio, que tengamos un hijo, Matías, ¡hermoso el pendejo!, que vendiéramos el departamento de Recoleta, la casita de mis abuelos y que compráramos a nombre de ambos un departamento en Villa Devoto, enfrente

de la plaza. La cosa es que a los seis meses exactos desde el momento en el que se fue el viejo, ella empezó a cambiar de actitud conmigo. Esa calentura que tenía cada vez que estábamos solos se convirtió en un trozo de hielo seco, más seco de lo que me quedaron los bolsillos después de que me agarró su abogado. Entre paréntesis, su actual pareja y futuro padre del hermanito de Matías. La cosa es que el día que salía de la audiencia de divorcio de mi adorable Noemí con el Renault Megane que me había dejado el viejo, salgo como loco del estacionamiento en dirección al departamento de Melincué y Cuenca que me había prestado mi amigo Víctor, ¡compañero de tantos Clásicos! Yo estaba ido, apenas podía coordinar los pedales del embrague y el acelerador, cada vez que agarraba la palanca se me venía la imagen de ella junto al “boga”, como dos pirañas del Mato Grosso, reclamándome esto y lo otro. El veneno me corría por las venas. Parecía que me habían encerrado por horas en la gatera. Sentía que Dios me había castigado por haberle fallado a Susana. Yo estaba seguro que Noemí tenía otro, porque no dejaba de arreglarse y de salir sin decirme a donde iba. Y si le preguntaba me miraba con ese desprecio que solo las mujeres pueden expresar en silencio y me pegaba un portazo que hacía doblegar a cualquier bisagra bien atornillada. En definitiva, toda nuestra pasión se había ido al tacho, se había convertido en algo más frío que el sexo de los esquimales. Esquimales desnudos... obviamente. Sexo cero, o mejor dicho bajo cero. Bastante que me servía una milanesa fría o unos fideos con manteca, sin manteca pero solo de vez en cuando. Podría estar horas hablando de mi calvario con mi ex, pero lo importante es que en eso... la barrera del San Martín iniciaba su angular descenso y la verdad era que yo, en ese momento, solo pensaba en pasarle por encima a Noemí y a su abogadito si me los cruzaba. Miro para la derecha y una mole oscurece toda mi visión. Desafortunadamente siento un estruendo incalculable, la locomotora del rápido se funde con la trompa de mi “Megane” y me empieza a arrastrar por la vías como el chorro de agua

cuando se lleva los pelitos de la barba después de afeitarme por el caño de la pileta del baño. Fueron tres o cuatro segundos, el ruido a hierros retorciéndose era desesperante, mi cuerpo se iba acomodando en los espacios cada vez más pequeños que quedaban del habitáculo del vehículo. Los vidrios ya habían estallado cuando se oscureció todo y perdí el conocimiento. Y como diría Carlitos, por suerte la locomotora fue como un pingo que justo en la raya afloja al llegar. Luego desperté, según me contaron las enfermeras cinco días después en la cama de terapia intermedia del Hospital Zubizarreta. “Un Milagro”, era la afirmación de todos... médicos, paramédicos y de esas mujeres que van a hacerles compañía a los enfermos. Ni un rasguño, salvo una pequeña lesión, un traumatismo de cráneo, que me afectó el lóbulo occipital. En principio, no parecía producirme ningún tipo de alteración, ni para expresarme, ni para el sistema motriz. Todo parecía normal salvo que algunas veces aisladas sufría de leves mareos, pero como los médicos no le daban importancia, considerando lo grave que había sido el accidente, yo tampoco. Lo extraño lo empecé a notar varios meses después, yo soy un tipo, de esos que tienen un buen dormir, no como aquellos que se despierta un par de veces por las noches preocupados, pensando en la cuentas que tienen que saldar al otro día, o aquellos que les cuesta conciliar el sueño porque tuvieron una discusión fuerte con su jefe, o aquellos otros que si o si se tienen que levantarse para ir a mear una o dos veces por noche. Lo mío siempre había sido algo automático, casi mecánico. Pongo la cabeza sobre la almohada y zas... “Shutdown”... se apaga el sistema y hasta dentro de ocho o nueve horas no se vuelve a prender.

Recuerdo que la noche anterior a la audiencia, estaba muy preocupado, pero como sabía que me tenía que levantar temprano, me serví un par de hielos y un dedo de whisky como todas las noches y me fui a dormir. Tuve un juego onírico premonitorio si se puede llamar así a aquel mensaje que identifico como del más allá. Yo estaba conduciendo una locomotora por un camino sin

vías, como esas rutas del desierto que se ven en las películas de Tarantino, era una locomotora gigante, y yo arriba dándole a las palancas como si con solo moverlas aumentaba la potencia del monstruo de metal. A lo lejos se divisaba un punto, un punto blanco, que se movía de izquierda a derecha. El punto iba tomando forma en la medida que me iba acercando a velocidad extrema. El viento me pegaba en la cara con tanta violencia que no me permitía abrir casi los ojos. La forma de ese punto blanco se pudo distinguir rápidamente, era un niño vestido con un guardapolvo blanco. Cuando me doy cuenta que iba a atropellar a una persona, quiero desesperadamente frenar la máquina con las dos palancas que tenía en mis manos. Cuanto más jalaba de las mismas, más rápido avanzaba la locomotora. El terror me había invadido, no sabía cómo poder frenar a esa bestia de hierro, ni como avisarle al niño que salga del camino. En eso siento que una mano huesuda toca mi hombro. Me doy vuelta, un extraño encapuchado con un crucifijo enorme está parado frente a mí. Sé que le grito y le grito, para que no me moleste, pero no escucha mi voz. El supuesto monje se quita la capucha, puedo ver el rostro serio de mi padre que me señala insistentemente el camino, como pidiéndome que no pierda el rumbo. Inevitablemente siento el impacto contra del cuerpecito del niño vestido de blanco despidiéndolo varios metros de la ruta. La máquina se detiene sola, sin ningún tipo de intervención. Me bajo y corro hacia el cuerpo que había quedado tendido a unos cuantos metros cerca de unos montículos de tierra y arena. El niño estaba boca abajo, yo tengo miedo de ver su rostro. Sus ropas estaban blancas, inmaculadas como la nieve. Miro hacia la locomotora y veo a mi padre con la túnica marrón que me sigue señalando con su dedo acusador. Tomo al niño de los hombros, lo levanto y veo que es Agustín, el hijo de Natalia que está dormido con una sonrisa eterna. Ese fue el último sueño que tuve, más que un sueño una pesadilla. Algo me quería decir seguramente mi padre, o quizás mi nuevo hijo adoptivo el mismo día del terrible accidente.

Si bien estaba perfecto para cualquiera que me veía, nada es gratis, eso siempre afirmaba mi viejo. A partir de ese momento deje de soñar.